

EL ALMA DE GARIBAY

Semanario humorístico Oscense

Director D. Fulano de Tal

La correspondencia á D. Raimundo Rodríguez
Calle de Ainsa, núm. 7, 1.º

Redactores los que vayan saliendo

Verá la luz cuando lo dejen, pero deseando ser leído de *títuli mundi* hará lo posible por salir á la calle los domingos antes de las once, aunque no haya salido el sol, para aprovechar el de-canso dominical de sus lectores.

Precio de cada número, cinco miserables céntimos, o sea el precio de dos churros.

Los números atrasados se rebajarán de precio, no sea que se rancien y después no los quieran por ningún dinero.

Para fuera de la capital bastará que los curiosos que nos quieran leer remitan á nuestro Administrador en sellos de correo o como Dios les dé á entender, cinco reales ó *sease* una peseta columnaria y tendrán buen humor un día á la ser ana por espacio de medio año. Si ustedes piden mas, no tengo inconveniente en afirmar que son unos gorriones.

A los repartidores que nos pidan 25 números, se les hará la rebaja de costumbre.

PROPÓSITOS DE ESTA PUBLICACION

Los mejores del mundo, puesto que tratará de instruir deleitando, combatiendo de paso todo lo malo que, á juicio suyo, haya en la capital y su provincia, como, por eemplo, el caciquismo que divide en castas y razas á los nobles descendientes de D. Ramiro.

Se admite la colaboración de cuantos estén identificados con el programa que antecede, siempre que no lo hagan en serio, porque para caras serias ya tiene suficiente el Director con la de su suegra.

ACLARACIONES

Gran marejada produjo nuestro artículo del domingo 10 de Enero, en el que desenmascaramos la *juerga caciguera* del día de Reyes, y para que de ella puedan formarse alguna idea nuestros lectores, les diremos que hasta el cacique que ocho meses seguidos ha estado encerrado en un olímpico y despectivo silencio ante EL ALMA DE GARIBAY (según los más avisados por la comodidad que les resultaba de no contestar á cargos incontestables), se ha visto precisado á bailar en su *Diario*, agotando todas las ineptias y risibles pataleos de su exclusivo repertorio. Más aún; tan al cuello ha debido llegarle el agua, que él, el ineducado y empedernido antiepiscopal, temeroso de que esa agua no lo ahogase, ha tenido que apelar al recurso de llamar *señor* al señor Obispo.

Por otro lado son muchos los buenos cristianos y personas serias que no pueden contener su indignación al verse tan burlados. Paciencia, en efecto se necesita para ver tranquilamente que una limosna dada con sana intención se haya aprovechado tan dolosamente, que ha venido á convertirse en una cosa tan fea como es una especie de homenaje á un cacique. Pero tranquilicense; ninguna culpa les alcanza en ello. Delante de Dios no se perderá el mérito de su buena acción, y ¿qué va á hacer uno cuando le echan por delante unas niñas inocentes y piadosas que piden limosna para un fin santo? La misma ALMA DE GARIBAY habría caído en la trampa, á no haber dispuesto de medios de información que al instante le hicieron ver tras de la Cruz el diablo. Tranquilicense, consuélense sabiendo que todavía hay católicos que aun no han salido de su *apoteosis*, católicos, buenísimos ellos, tan buenos, que nosotros los registramos con cariño en la lista de los *bienaventurados*.

Hemos vuelto á leer nuestro citado artículo del día 10, y hoy lo reproducimos en estas columnas para mayor comodidad de los que se interesen en esta cuestión, porque ha dado tan en el blanco, que *El Diario* de Camo no se ha atrevido

ni aun á desflorarle, creyendo haberlo hecho todo con lanzarle patadas que no le llegan y sucias expectoraciones que no pueden mancharlo. No necesitamos, pues, defenderlo, pero sí aclararlo, porque si para el buen entendedor basta y sobra, también nos debemos á los medianos y aun á los malos entendedores.

Más les valiera á los provocadores *estar durmies*, pero su intemperancia así lo exige. Y además, ¿quién sabe si la cerrazón de la atmósfera moral que nos circunda no lo exige también imperiosamente?

Ea, pues, allá van otra vez la *judiada*, la *limosna pintorescamente farisaica* y las *trompetas*, adornadas con cintas para que sean más vistosas.

En cuanto vimos que toda la atención, ruido y marrullería del aguinaldo del día de Reyes para los niños pobres, se orientaban hacia los nombres de Camo y Moya, trompeteados todas las mañanas en su periódico y *cinematografiados* todas las noches en los escaparates de las tiendas, nos olimos el poste, y nos apresuramos á rogarle á nuestra señora EL ALMA DE GARIBAY que le saliese al encuentro y les atajase el paso. La cual, pronta y bien mandada y siempre buena con nosotros, así lo hizo, diciéndoles de buenas á primeras:

—Sé quién son ustedes.

—Bien ¿y qué?

—¡Friolera! Que son dos caciques, oficio nada honroso que en toda sociedad culta, moral y bien ordenada, se abomina, y dos anticlericales sectarios, que toda conciencia cristiana rechaza y estigmatiza

—Nos tiene sin cuidado.

—Del Sr Camo no sé que positiva ó formalmente haya apostatado; pero de usted, Sr. Moya, tengo noticias muy malas, pésimas; que el *trust* periodístico que usted caciquea, es de lo más encanallado que hay contra la religión y sus ministros, y que usted personalmente es un renegado en toda la extensión de la palabra.

—¡Calumniadora!

—Salida rufianesca es esa de periodistas cursis, impropia de ustedes.

—No sufrimos impertinencias de nadie.

—Pues todavía les falta la mayor de todas. La de tenerse que enterar de que yo conozco sus intentos, de que sé á qué vienen ustedes.

—¿Quién le da á usted vela en este entierro?

—Yo que me la tomo por lo mismo que á ustedes les disgusta tanto.

—¡Eh! abra usted paso.

—Franco lo tienen, porque yo no puedo impedirlo; que si yo pudiera, prontose largarían ustedes con viento fresco. Pero haré lo que pueda, vigilándolos de cerca. ¡Ea! ahí tienen ustedes su campo de explotación. No puede ser más abonado para el matute caciquero y para los fariseísmos anticlericales. ¡Qué hermosura para ustedes sino estuviera yo aquí para tomar notas y poner los puntos sobre las íes.

De esas notas que nos entregó la señora extractamos lo que sigue:

Sabido es que el lugar propio para la celebración de la festividad de los Santos Reyes, es el hogar doméstico para las familias, y para las colectividades, el templo, ó algún otro sitio de ambiente piadoso, y no siendo esto posible, algún recinto neutral como el teatro, y aun mejor, el salón de actos académicos del Instituto. Pero ¡buenas y gordas! Tanto lujo de imparcialidad, seriedad y respeto al público, no cabían en el caciquismo y anticlericalismo unidos en nefando consorcio, resultando que en tan pecadoras manos, una cosa, en sí buena, se convirtió en un cotarro repugnante á toda persona de sentido moral un poco delicado; ni quedó en todo Huesca otro edificio más adecuado para servir de parainfo de la fiesta que la casa grande de la plaza de Zaragoza, conocida con el nombre de la «oficina del cacique».

Y así fué todo de mal en peor. Los manipuladores acordaron que la distribución de los juguetes y dulces, se hiciese por la mañana, en lo que no hubo más que estos inconvenientes: lo extraordinario y desusado de la hora nunca empleada para tales fiestas; el desorden, trastorno y molestias que se había de producir en las familias por la necesidad de vestirse y acicalarse, con angustiosa precipitación, para asistir á un acto en el que eran de rigor todos los perejiles del lujo y el decoro personal; el madrugón que en tales condiciones, y en lo más crudo del invierno, era evidentemente muy malsano. Nosotros nos contentamos con decir entonces: merecido se lo tienen las gentes que tan irreflexivamente se dejan gobernar por mamarrachos que sólo entienden su negocio.

En cuanto á éstos, ¿qué les había de importar que la gente se fastidiase si veían que su intento les salía á pedir de boca? Razón tenían para sentirse bañados en agua rosada, logrando que uno de los más maravillosos misterios de la religión, de tanta importancia mística y social, tuviera que celebrarse este año en templos desiertos, que no pocos fieles perdieron la Misa, y que los pobrecitos de Jesucristo no pudiesen verlo á causa de la pantalla que les puso aquella *secularización de la caridad*, en la que va envuelto el crimen sin nombre de apartar á los desvalidos de los brazos de su santa Madre la Iglesia.

Y sin embargo aún no era eso lo que, tal vez y precisa y principalmente se buscaba, la finalidad que desde el principio se perseguía. Se buscaba una cosa, aunque no menos horriblemente sacrilega, más conforme y acomodada á los mezquinos y rastreros intereses y egoísmos demasiado predominantes en esto localidad, y eso se

logró. ¿Cómo? Haciendo que ante todo y sobre todo la *Epifanía*, ó manifestación del Señor, sirviese de pretexto para la *manifestación* de un cacique, anticlerical para mayor ignominia, y esa fué la profanación que resultó.

¿Se quiere mayor *judiada*?

Para concluir, sólo diremos á los que aseguran no haber visto lo pintoresco de una limosna farisaica trompeteada por la mañana, banqueteadada por la tarde y bailada por la noche, que tienen ojos y no ven, y oídos y no oyen.

Y es lo cierto que nunca más que en estos tiempos las gentes sinceramente cristianas han estado tan necesitadas de tener ojos para ver y oídos para oír, sino han de ser víctimas de las sorpresas del enemigo.

Triorama psicológico

Sin poder dormir á las tres de la mañana en un día riguroso de invierno, aislado por la obscuridad de todos los objetos que pudieran impresionar mi retina, hallábame intrincado en una cuestión filosófica, á la cual no podía dar solución. ¿Cómo se hallará separada el alma del cuerpo? No perdiendo ella su espiritualidad, ni su individualidad, pudiendo vivir sola y sin materia alguna, á la manera de los espíritus puros, ¿cuál será el lugar de su morada? ¿Entenderá por medio de especies infusas, ó de otra manera á nosotros desconocida? ¿Hay visiones en el alma á las cuales para nada ayude el cuerpo? Atended, lectores queridos, á lo que voy á referiros, y reflexionad si en ello puede haber algo que pueda dar solución á lo anterior.

Como si hubiera suspendido mi alma, en parte, su unión con el cuerpo, empieza á entusiasmarse con una primera visión encantadora. Repentinamente me hallo trasladado al puerto de una ciudad populosa de España. Ante mí se presenta la perspectiva del mar. Tranquilo éste, recibía nuevamente los rayos del sol algo elevado en el Oriente, y reflejaba en sus rizadas ondas la imagen del que enviaba torrentes de luz clarísima á las montañas, que no muy lejanas majestuosamente se hallaban en la costa. Dos vapores amarrados, que pronto debían zarpar por las aguas del mar Mediterráneo, lanzaban por sus chimeneas denso humo y negruzco, que indicaba á los viajeros utilizasen brevemente el tiempo que les quedaba antes de la pronta salida. Uno de los vapores ostentaba en la banda el rótulo «Pío IX. Fides. Vita in morte»; el otro «Racionalismo. Libertas. More in vita». En el uno, aunque de humilde aspecto, componíase la tripulación de hombres de mirar tranquilo y dulce, de carácter bondadoso. La caridad que había en sus corazones se reflejaba muy sensiblemente en sus palabras y acciones. Les veía á todos respetuosa y alegremente hablar con el capellán del vapor, que en sus modales aparecía ser un verdadero siervo y ministro de Cristo. En el otro, lujosamente adornado, hallábase una tripulación bullanguera, de un aspecto fácilmente irritable. En ella veíase mirada altiva y soberbiosa, á la par que sensual ó viciosa. No por esto dejaba de ser halagadora en palabras atractivas para el goce material. Barcazas ó grandes lanchas transportaban á grupos numerosos de gente al segundo vapor, y bastante menos numerosos al primero. Luego, que llegué á éste, sueltas la

amarras, casi al mismo tiempo que el otro vapor, emprendió él majestuosamente su marcha, después de haber hecho todos los viajeros la señal de la cruz sobre sí, y todos á una voz haber dicho «Dios haga próspero nuestro camino, y el Angel Rafael nos acompañe.» No tardó mucho tiempo para que yo, dirigiendo alguna mirada á los viajeros, reconociese á varios de mi país, y que tres, principalmente, cruzando sus miradas con las mías, se me acercasen, empezamos ya luego un interrogatorio de la siguiente manera: —Me parece haberle visto á usted en Huesca. (El que me dirigió así la palabra era un señor pequeño y grueso, de un aspecto reflexivo; su palabra, así como sus acciones, son poco vivas, sin quitar nada esto á su buena ilustración). —Es fácil que usted me haya visto, contesté, pero no debe usted conocerme, aunque soy de la provincia de Huesca. Llamado Atanásio por algunos, ni estos ni otros muchos que desean saber verdaderamente mi nombre, han podido descubrirme. Pertenezco á los que quieren hacer bien ocultando su nombre. —He oído nombrar á usted tratándose de un asunto en el cual, yo creo, que desconoce usted la materia. Manifestó usted en un periódico unas proposiciones acerca del liberalismo, las cuales, en mi modo de proceder, no me hallo conforme. —¿En su modo de proceder ó en su modo de entender? Distingamos. En ambos casos es una rebeldía contra Dios ó contra la Iglesia; pero mayor en el segundo. Hubo antiguamente un adagio que decidía en las escuelas: *Magister dixit*, el maestro lo ha dicho; y esta máxima añeja, cuando se aplicaba al hombre, era obstáculo que se oponía á la libertad del pensamiento humano, desarrollado en su esfera. Hoy reina sobre el modo de proceder una máxima análoga. Hay un señor, un cacique, que dice á unos cuantos: «No déis oídos á los clérigos, y no es fiéis sino de mí. Os dicen ellos que no podéis tomar parte en asuntos del liberalismo, ni en sus principios, ni en lo que dijeren en sus discursos personas liberales; no les hagáis caso. No lo aconsejo, lo mando.» Y ellos contestan á cuantos les increpan: «Lo manda el amo.» De este modo, los subordinados ni obedecen á Jesucristo ni á la Iglesia, ni al Pontífice, sino al siglo, al error. La autoridad de Dios proclamada por la Iglesia ó por el Pontífice, se cede á la autoridad del hombre. ¡Vergonzosa servidumbre sometida á la palabra de éste! Si no hay, contra unidad con mis proposiciones en el modo de entender, contésteme, el que esto sostenga, al siguiente dilema: O el liberalismo es bueno ó es malo; pertenece á lo práctico, y, por lo tanto, no puede ser indiferente. Si es bueno, mal hizo la Iglesia en condenarlo, se equivocó, no tiene por lo tanto infalibilidad; en este caso se niega un dogma de fe, hay rebeldía intelectual herética. Si es malo, ¿por qué le seguís intelectualmente? Esto es intensamente mayor malicia. Se concibe perfectamente, según principio moral, que uno obre el mal bajo la razón del bien; pero obrar el mal bajo la razón del mal, esto no puede atribuirse más que al obstinado en la malicia, al que quiere destruir la inteligencia en su objeto, y en su fin, y en su centro. No puede haber mayor rebeldía á las obras de bien y á sus preceptos. —Ambos están ustedes equivocados, dice otro de los tres que se acercaron. (Era uno más delgado y alto que el anterior, de más viva acción, palabra y andar, y no de menor ilustración que el primero). Están ustedes hablando de un liberalismo religioso, y no del liberalismo político

que nosotros sostenemos. ¿Qué tiene que ver la Iglesia con la política? ¿No dijo Jesucristo dad al César lo que es del César y á Dios lo que es Dios? —Ya tenemos aquí los dogmatizadores. En pocas palabras hay contenidos varios errores. El liberalismo, de cualquier modo que se le considere, es un sistema de doctrinas é instituciones, en los cuales domina el espíritu llamado liberal. Destruir este espíritu, es reducir á la nada el liberalismo. ¿Y qué es el espíritu liberal? Según la sentencia común de los doctores católicos, es la independencia del Estado respecto de la Iglesia ó de la religión, ya en el ser, ya en la misma constitución del Estado, ya en el obrar, ya en la razón de gobernar. En esa independencia que el liberalismo quiere tener, ¿qué principios sienta, ó más bien, el liberalismo por qué quiere ser independiente de la Iglesia? ¿No es acaso para sostener con firmeza y por sistema la libertad de imprenta, de enseñanza, de cultos y otras libertades condenadas en la Encíclica *Quanta Cura* y en el *Syllabus*? Sería necesario mucho tiempo para desarrollar este punto y los errores que encierra también la no intervención de la Iglesia en la política de los liberales. De ello se desprendería negar á la Iglesia el poder prohibir las afirmaciones que los políticos enseñan, el determinar si estas ó aquellas leyes son ó no dañosas para los pueblos, etc., etc. En muchos autores católicos y moralistas encontrarán estos asuntos bien tratados y probando lo perfectamente que está condenado el liberalismo. Así es que á ellos. ¿Qué es eso?, dice como alterado el tercero, que tácitamente aprobaba lo que los dos anteriores habían dicho, y que siempre manifestaba un carácter obscuro y taciturno y algo misántropo. ¿Qué pasa?, exclama levantándose.

Cierto nublado cubría los límites de un horizonte de mal presagio. Veíanse muchas olas de las cuales unas se deshacían en blanquísima espuma y otras avanzaban alcanzando mayor altura. Las voces de mando del capitán se confundían con el murmullo suave de las olas que chocaban en los costados del buque y con el ruido acompasado de la hélice, que azotaba las aguas del mar mediterráneo. Soplabá el viento del sur. Una nubecilla, que parecía confundirse entre las brumas del horizonte, y que se extendía con gran rapidez, produce alarma en toda la tripulación. El cielo presentaba ya aspecto aterrador. Un espantoso trueno, al cual había precedido cortísimo intervalo de la siniestra luz de un relámpago, alarma al capitán, que con voz fuerte grita: «¡Todo el mundo á los camarotes!» Con permiso del capitán nos quedamos los cuatro sobre cubierta para presenciar el grandioso espectáculo atmosférico, procurando asegurarnos al balconcillo de la escotilla contiguo al puente. Impetuosas ráfagas huracanadas azotaban las jarcias con furia, y á nosotros casi nos hacía rodar por el suelo. El capitán, al mismo tiempo unido en oración con los de los camarotes, vigilaba activamente los movimientos del buque; daba órdenes á todos sus subordinados. La tempestad avanzaba por momentos. El viento huracanado por babor y las olas enormes por estribor, amenazaban con naufragio al buque; los relámpagos se sucedían sin interrupción. El espacio aparecía como un fenómeno apocalíptico. A veces, de un centro común surgían centenares de rayos que en pavoroso zig-zag cruzaban por toda la cavidad atmosférica; los truenos asemejábanse á millares de carcajadas ruidosas salidas del averno. Un fuerte bandazo sufrido por el buque, le conmueve de tal

modo, que un grito común nos obliga á exclamar: «Señor, Señor, que perecemos», y en medio del silbido estridente del huracán, del gemido de éste al chocar con las jarcias, de los bramidos de las olas, de los retumbantes truenos, una voz clara, dulce, armoniosa, llega á mis oídos: «*Fratres, sobri, estote et vigilate; quia adversarius vester diabolus tamquam leo rugiens arenit, quaereus quem devoret; eni resistite fortes infide.*» Al momento de oír esto, una inmensa ola nos envuelve; empiezo á desvanecerme; y en mi desvanecimiento, veo multitud de ángeles hermosísimos que cruzan por los aires, que se acercan al buque, que uno de ellos roza dulcísicamente mi rostro, y me abrazo fuertemente á él...

¡Posición sublime! ¡Al salir de mi desvanecimiento me hallo abrazado á un ángel; suspendido en el grandioso templo de la naturaleza; sobre mi cabeza la bóveda del firmamento; bajo mis pies la inmensa llanura del mar; y todo iluminado por la magna lámpara del sol! Miro á la derecha del ángel, y lejano veo mi buque surcar majestuoso las aguas del mar, y bañado por el sol alejarse despidiendo brillantes rayos de luz reflejados. Desde él, ondulando, llegan hasta mis oídos ecos armoniosos de notas musicales metálicas y humanas, arrebatándome el salmo «*Cantate Domino canticum novum*» que entonan, y que yo, con voz fuerte en el espacio más que sublime en que me hallo, continuo diciendo: «*quia mirabilia fecit*». Miro á la izquierda del ángel, y veo también muy lejano al otro buque «Racionalismo» peleando aún con la tempestad y casi del todo sumergido. Su naufragio es inevitable. Aparto de allí mi vista...—¡¡Ay!!... allá... allá...—¿Qué tienes, Atanasio? ¿por qué te acongojas?—Allá lejos, sobre débiles tablas, veo algunos hombres luchando con las olas; entre ellos me parece conocer á los tres con quienes conversaba en el buque «Pío IX». Ángel mío, vamos á socorrerle.s—¡¡Ay!! Atanasio, no me quieren, no me aman, ni me invocan. Miraes cómo en medio del peligro del naufragio marchan alegres y contentos. Confían mucho en un débil apoyo. ¡Desgraciados! no reflexionan bien las palabras de Jesucristo: «No todo el que dice, Señor, Señor, entrará en el reino de los Cielos»... Ahora, Atanasio, es necesario que me sigas. Has de procurar no tener miedo; vamos á visitar un lugar poco examinado por muchos.—Ángel mío, soy enteramente vuestro.

ATANASIO.

Hasta otro domingo para mi segunda y tercera visión, estimados lectores.

¿DESAVENIDOS?

En la casa oficina del cacique, cuentan que un duende, poco ó nada amigo de los tertulios de Camo, los sorprendió en acalorada pelaza, como verán con regocijo nuestros lectores, sobre el motivo que ha impulsado á EL ALMA DE GARIBAY á publicar unos *soliloquios* que tanto molestan á los contertulios consabidos, y preocupándoles, los continúe, intercalando alguna historieta *menuda*; uno de ellos, temeroso, sin duda, de hallarse en turno, en un arranque de sinceridad exclamó:

Que ¿quiénes han provocado esta campaña de EL ALMA DE GARIBAY?

¿Quiénes?

Nadie más que

MARIFONS y el que oyó muy mal la *divina palabra*.

PLAUTO: Que la enseñó peor en *El Diario anticlerical*, y no valga disimularlo, señores.

CAMO: En la terraza del *Banco hipotecario*, cuando cuentan dijo, «este capellán los ha fastidiado» (con j minúscula).

Comienzan los dimes y diretes

Y en voz bajita para que no se enterase Camo y con su buen sentido práctico respondió

DON DOMINGO: ¡A nosotros sí que nos ha jobado Plauto, presbítero, seglar, ó lo que fuere!

MARIANO PATILLAS: Y á un centro docente, ¡no te cuento nada!

MANOLO DE BIERGE: Ya indiqué, ha mucho tiempo, que lo echaran.

LEANDRO: ...Yo, por mi parte, seguí tu sano consejo, arrojándolo por la borda, y lo peor es, que los disgustos domésticos se han multiplicado, y hasta dudo y temo por mi salvación á pesar de la profecía de EL ALMA DE GARIBAY.

JULIO: Calla, beato. ¡Este santurrón no pretende poco menos que nadar entre dos aguas!

JUANITO: Sí, pero ha quedado en *El Diario* para echarle alguna piltrafa al ALMA DE GARIBAY, con la que, de lo lindo y con dureza, nos zurra las costillas, no dejándonos miembro sano, y quebranta, no poco, nuestro prestigio político.

GASPAR: Allí me las den todas; ya verán ustedes cómo no se mete conmigo.

COLÁS: ¡Traidor! ¡reaccionario! ¡carlistón! Aunque fueras más elocuente que Cicerón, y lo eres bastante; y que nuestro examigo Castelar, á quien don Manuel despidió de un puntapié, y hubo de ir á Murcia por su última acta de Diputado, y por cierto *sucia*, lo que sin duda, le hizo perder la pelleja; porque en esta casa así se trata al que no se somete como un *ilota*: siempre te orillarán los envidiosos tertulios de la *yedra*, que, en confianza te lo aviso, no te pueden tragar. ¿Ignoras, acaso, la estratégica ocurrencia que tu ascendiente directo realizó en 1837 en la alberca de Loreto, que guió al ejército de Carlos V, y en los campos de Alcoraz alcanzó la más brillante y completa victoria sobre las huestes liberales, quedando en el campo el general León que las mandaba? verdad es, que marchasteis á Francia á comer el pan negro de la emigración, con más la confiscación y pérdida de bienes, y por eso tu querencia al carlismo, lo llevas en la sangre.

AGUSTÍN: Si de otro modo obrara sería un renegado y caerían sobre él las maldiciones de sus antepasados y las del Cielo.

LUIS: *Amén* por la paz, que no llegará con esta guerra intestina y fratricida.

¡Buenos nos trae Plauto!

Y todos por lo bajo murmuran, re... diez, de todo tiene la culpa Camo por empeñarse en sostener lo imposible. Además, este hombre, está inaguantable con la senaduría.

Y nosotros más deshechos y pulverizados que el bloque de las izquierdas.

Así sea, y que Romanones os confunda.

EL DUENDE.